



## FESTEJAR EL BICENTENARIO BOLIVIANO

Hugo José Suárez

I

He recorrido cientos de veces la Plaza Murillo y leído hasta el cansancio la Proclama de la Junta Tuitiva. Cada que llegaba algún amigo de visita a La Paz, una primera parada obligada era la lectura de aquel texto inscrito en un libro abierto al frente del Palacio Quemado, a unos metros de donde fue colgado Pedro Domingo Murillo en julio de 1809. Me sé de memoria algunos pasajes de la Proclama: “hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra Patria (...). Hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez (...). Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno fundado en los intereses de nuestra Patria...”. Cada vez que los repito, no pienso solamente en el trágico episodio boliviano y en la lucidez y valentía de Murillo, sino que pongo esas palabras en la boca de los indígenas que se sublevaron unas décadas antes encabezados por Túpac Katari, en Zárate Willca, en los revolucionarios del 52, en los guerrilleros del 70, en los luchadores por la democracia de los 80, en los defensores del gas y del agua en el 2000. Y si pienso más allá de nuestras fronteras, las mismas ideas encuentro en toda una tradición libertaria desde Marx hasta Marcos. Murillo así ya no le pertenece a los bolivianos, sino que forma parte de la cultura de emancipación de la humanidad, de los movimientos sociales que, desde siempre y en distintas versiones, lucharon por la dignidad de los pueblos.

II

Cuando era niño, recuerdo haber visto en la televisión al entonces Ministro del Interior, Luis Arce Gómez, decir que quienes estén en contra de su gobierno tenían que andar “con el testamento bajo el brazo” (1980). Era de noche, mi familia estaba clandestina en casa de mi abuelo, en Miraflores, y poco después de escuchar la sentencia, apagamos las luces de la casa y vimos cómo pasaban por la Avenida Busch los tanques iluminando con reflectores hacia las ventanas de los hogares. Esa frase ahora es un hito de la historia moderna boliviana. Pero siento que la idea no es sólo patrimonio de la dictadura: estuvo en quien mandó a descuartizar a Túpac Katari en 1781, en el que dio la orden de asesinar al Che en 1967 o a Mauricio Lefebvre en 1971, en el que disparó a las decenas de vecinos movilizados en octubre del 2003, en quien fomentó la humillación de los indígenas en mayo del 2008 en Sucre, en los terratenientes cruceños que chicotean a quienes piensan diferente. Colonialistas, dictadores, neoliberales acuden a similar libreto. Y por supuesto va más allá de nuestras fronteras, esas ideas están en la Alemania nazi, en Franco, en Bush, en Pinochet. Los tiranos de ayer, de hoy, de todos los tiempos y lugares están habitados por un mismo espíritu.

<sup>1</sup> Texto leído en el acto de develación de la placa en honor a Pedro Domingo Murillo en el Parque América de México D.F. el 18 de julio del 2009.

III

Cuando me invitaron a formar parte del Comité de Festejos del Bicentenario por parte de la Embajada de Bolivia en México, acepté gustoso, no por el hecho histórico en sí, sino porque creo que hoy podemos mirar hacia atrás con la fuerza del presente. Leer hoy a Murillo, desde el momento que estamos viviendo, en el proceso de una Revolución Democrática, con una Nueva Constitución Política del Estado, es completamente distinto que hacerlo desde otro tiempo. Las palabras de la Proclama no son letra muerta de un libro de escuela, sino que se reescriben a diario desde las calles, desde las iniciativas gubernamentales, desde la gestión de Evo Morales. La placa que hoy se devela está orgullosamente firmada por el “Estado Plurinacional de Bolivia”. *Somos enanos que caminamos montados en gigantes*, y uno de ellos es Murillo.

Por otro lado, para los bolivianos festejar desde México el Bicentenario tiene múltiples significaciones. Primero, porque las luchas sociales mexicanas estuvieron presentes en nuestro país. Escuchamos con atención el Grito de Dolores, nos solidarizamos con la lucha de Juárez y apreciamos su defensa de la nación, estuvimos atentos a Zapata y Villa, aprendimos de la nacionalización del petróleo de Lázaro Cárdenas, nos indignamos con la matanza de Tlatelolco, compartimos la lucha por la democracia en el 88, nos sublevamos colectivamente con los zapatistas en el 94 y vibramos con las palabras de Marcos, luchamos por la defensa del “voto por voto” en el 2006. No hay duda que México está presente en Bolivia. Pero a la vez los bolivianos en México nos sentimos en casa. Este país acogió a cientos de estudiantes, profesionales, políticos, luchadores sociales. Marcelo Quiroga Santa Cruz, René Zavaleta, Álvaro García Linera, Luis Tapia y tantos más recorrieron las aulas y seminarios mexicanos, discutieron, enseñaron y aprendieron en iguales proporciones. Hicieron de México su lugar, y volvieron a Bolivia.

Por eso este evento es tan especial. Es la independencia de Bolivia, es lucha por la emancipación universal y es desde México. Quiero concluir con dos frases grabadas en la historia boliviana, la de Túpac Katari antes de su asesinato: “volveré y seremos millones”; y la de Murillo en situación similar: “la tea que dejo encendida nadie la podrá apagar”. Hoy podemos decir que volvimos y somos millones, y que la tea encendida que dejó Murillo, ciertamente nadie la pudo apagar. ☐

**Hugo José Suárez.** Boliviano, doctor en Sociología por la Universidad Católica de Lovaina. Es investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Entre sus libros, pueden citarse: *Tertulias sociológicas* (2009), *El sentido y el método* (2007), *La transformación del sentido* (2003), *¿Ser cristiano es ser de izquierda?* (2003).